

ASPECTOS INÉDITOS DE EMILIA PARDO BAZÁN (Epistolario con Galdós)

La lectura de los epistolarios de escritores es sumamente reveladora no sólo de su personalidad literaria y humana, sino por las posibilidades que ofrece de esclarecer su obra.

He tenido ocasión de leer 32 cartas inéditas de Emilia Pardo Bazán (1851-1921), dirigidas a Benito Pérez Galdós (1843-1920), y ahora no me cabe la menor duda de que este epistolario es clave para la mejor biografía de ambos escritores y para entender la génesis de algunas obras. Emilia Pardo Bazán fue gran epistológrafa, y ya desde 1880 mantenía correspondencia con Marcelino Menéndez y Pelayo y con otros escritores y críticos, como Clarín. Es posible que la correspondencia con Galdós datase del año 81, pues Pepe Galiano, en una carta desde Newcastle el 2 de marzo, le dice a Galdós: «Si te comunicas aún con la Pardo Bazán, de quien recordarás que hablamos en Londres...», de lo que se deduce que hacia 1883 la amistad de Galdós y doña Emilia era conocida.

Galdós estaba en el apogeo del triunfo de *La desheredada*, iniciando su etapa naturalista, y doña Emilia acababa de publicar *La cuestión palpitante*, al tiempo que iniciaba una discreta separación conyugal. En otra carta de Galiano a Galdós, insiste, con un subrayado que no sabemos si es eufemístico: «Si te sigues *carteando* con la Bazán, mándala un ejemplar de los versos de su primer admirador.» De esta correspondencia inédita se deduce que la amistad literaria entre la Pardo Bazán y Galdós derivó hacia una intimidad amorosa de larga duración, no exenta de sobresaltos sentimentales, que se reflejan en la obra de ambos, y que son del mayor interés para explicar la génesis de algunas obras.

La correspondencia, a la que nos referimos, unas veces con fecha y otras sin ella, parece datar de 1889; las cartas anteriores, que debieron existir, no las conocemos. Se inicia desde París, y comenta una separación que deja a Emilia «triste, muy triste... me quedé al separarme de ti, amado compañero, dulce vidiña... Ahora es cuando la pícaro imaginación representa con lindos colores toda la poesía de este viaje feliz. Ahora es cuando van idealizándose y adquiriendo tonos color de rosa, azul y oro, las excursiones de Zurich, las severas bellezas de Munich, las góticas y místicas curiosidades de Nüremberg y en especial la sublime noche de Francfort...»

Siguen cartas con dulces diminutivos y citas en la calle de la Palma, junto a la iglesia de Maravillas, algunas veces denominada Maravillas Church y Palma Strasse. Y de pronto una carta brutal, sorprendente desvela los sobresaltos sentimentales que sufre Galdós, debido a la veleidad de su apasionada amiga.

La historia es retrospectiva. Galdós en una carta, cuyo contenido es desconocido, pero que adivinamos, acusa a la Pardo Bazán de una infidelidad, y aquí lo sorprendente, ella en vez de negar, se confiesa culpable.

La historia es la siguiente: el 18 de mayo, o sea el año anterior a esta correspondencia, se inaugura en Barcelona la Exposición Universal. Según las curiosas *Memories literaires* de Narcís Oller, el 20 de mayo llega la Pardo, y él va a esperarla. En el mismo tren viene Galdós, al que doña Emilia llama «el grandullón». Galdós sólo permaneció en Barcelona tres días.

El 27 de mayo como Oller, continuo «cavalier servante» de doña Emilia, la acompaña a los Juegos Florales y luego a la Exposición de Pinturas. Allí se encuentran a su amigo Lázaro Galdiano, colocado por entonces en la Trasatlántica, el cual «em crida un moment a part per suplicar-me que el presentés a l'exímia novellista gallega, de qui era admirador fervorosísimo.» Lázaro le suplica que, si agobiado por el trabajo, no puede acompañar a la Pardo, él se brinda, como suplente, a aquella señora tan simpática. Al día siguiente, Oller va a buscar a la Pardo al hotel y le dicen que no está, pues había hecho una excursión con Lázaro a Arenys de Mar, y Oller añade entre paréntesis («Algunos quisieron suponer después que *Insolación* es un reflejo») en sus *Memories* comenta que durante varios días sólo salió con Lázaro.

En diciembre de este mismo año, la Pardo envía a Oller el libro *Desde mi tierra* y le dice que trabaja para *La España Moderna*, que funda Lázaro.

Oller señala con sentimiento y extrañeza que la buena amistad y correspondencia que sostiene con la Pardo Bazán de pronto cesa, aunque indica someramente que puede haberle molestado la broma de que dijese que ella y Lázaro se habían conocido en Portugal.

Alguien informa a Galdós de lo sucedido —es posible que fuera el mismo Oller con finas reticencias, desconociendo la intimidad de ambos—; el caso es que al enterarse de lo de Arenys y Lázaro (transformado todo más tarde en el episodio de la Pradera de San Isidro y de la señora, de *Insolación*), Galdós reprocha en su carta estas cosas a Emilia. Esta responde así: «Acabo de leer tu carta. Voy a sorprenderte algo diciéndote que adivinaba su contenido. Sé quién te enteró de todos esos detalles portugueses, y comprendí a qué aludías al anunciarme un cargo grave.

Apelas a mi sinceridad: debí manifestarla antes, pues ahora ya no merece este nombre; sea como quiera, ahora obedeceré a mi instinto procediendo con sinceridad absoluta. Mi infidelidad material no data de Oporto, sino de Barcelona, en los últimos días del mes de mayo, tres después de tu marcha.

»Perdona mi brutal franqueza. La hace más brutal el llegar tarde. Y no tener color de lealtad. Nada diré para excusarme, y sólo a título de explicación te diré que no me resolví a perder tu cariño confesando un error momentáneo de los sentidos, fruto de las circunstancias imprevistas. Eras mi felicidad y tuve miedo a quedarme sin ella. Creía yo que aquello sería para los dos culpables igualmente transitorio y accidental. Me equivoqué: me encontré seguida, apasionadamente querida y contagiada. Sólo entonces me pareció que existía problema: sólo entonces empecé a dejarme llevar hacia donde —al parecer— me solicitaban fuerzas mayores, creyendo yo que allí llenaba yo mayor vacío y hacía mayor felicidad. Perdóname el agravio y el error, porque he visto que te hice mucho daño; a ti, que sólo mereces rosas y bienes, y que eres digno del amor de la misma Santa Teresa que resucitase.

»Deseo pedirte de viva voz que me perdones, pues aunque ya lo has hecho, y repetidas veces, a mi me sirve de alivio el reconocer que te he faltado y sin disculpa ni razón. Hasta luego; no me lleves a mal nada de lo que en esta carta te escribo: la recibirás por la mañana (el jueves) y por la tarde podré desahogar un poco el corazón rogándote que no pierdas enteramente el cariño a la que te lo profesa santo y eterno.

»Hasta luego, no olvides las señas. Haz por comer y no fumes mucho.» Si el episodio se refleja en la novelita de *Insolación*, y la Pardo atribuye la caída de su protagonista en brazos del apuesto andaluz a las circunstancias de un calor excesivo, es decir a la insolación en la pradera, con lo que se disculpa a sí misma de su abandono en Arenys, atribuyéndolo a factores externos; Galdós refleja la experiencia de la infidelidad femenina en las interesantes obras de *Incógnita* y *Realidad*.

Casi al tiempo aparecen en los escaparates de Fernando Fe *Insolación*, *Morriña* y *La incógnita*. La Pardo Bazán dice en otra carta: «Ambos *ciempieses* se pusieron a la venta el mismito día, a la propia hora. ¡El hado! ¡El hado! ¡Fortuna!... Ya he leído *La incógnita*, como supondrás. Es cosa rara. Cuando tu escribes, eres tan nihilista e insensato como sensato y ministerial y burgués en la conversación. Tu libro es la condensación de Valera, Millán y hasta Montero. Si aquí se les sacase punta a los libros...

»Me he reconocido en aquella señora más amada por infiel y por trapacera. ¡Válgame Dios, alma mía! Puedo asegurarte que yo misma no me doy cuenta de cómo he llegado a *esto*. Se ha hecho ello solo; se ha arre-

glado como se arregla la realidad, por sí y ante sí, sin intervención de nuestra voluntad, o al menos, por mera obra del sentimiento que todo lo añasca», que es la tesis que doña Emilia sostiene en *Insolación*. Es posible que la frase de «la realidad» le diese idea del título de la obra teatral a Galdós, que es una versión escénica de *La incógnita*. El argumento de ambas obras es la historia y la reacción psicológica de un hombre que se entera de la infidelidad de su mujer con su mejor amigo. La reacción desdice de la manera tradicional calderoniana, pues el marido filosóficamente hace un esfuerzo para perdonar a la infiel, y noblemente trata de elevarse por encima de las miserias morales de este mundo. Psicológicamente es muy interesante identificar a Galdós con el personaje de Orozco, ya que la Pardo Bazán se ha reconocido en Augusta. El amigo infiel, Federico, se pega un tiro, avergonzado de su traición.

Lo sucedido en *La incógnita* y en *Realidad* tiene una base real, tan real como lo de *Insolación*, y lo interesante es ver la versión del mismo episodio desde los dos puntos de vista, el de él y el de ella. Para ella es una historia galante, frívola, sin trascendencia, hasta epidérmica, divertida. Para él es algo trágico, reflexivo, torturante, que se sublima en comprensión y tolerancia, después de un esfuerzo de autodominio muy galdosiano. A él le afecta profundamente, aunque lo disculpe y lo perdone, ella lo siente, pero su vitalidad le impide convertirlo en drama.

En algún momento Galdós parece sentirse humillado, especialmente pensando en el juicio de la gente, pero ella le tranquiliza, ya que nadie sospecha nada de sus relaciones, y, por lo tanto, lo que ella llama sus «picardías» no le afectarán a él.

En fin, por otra parte, el lenguaje de la pasión y de la intimidad de los amantes es sumamente esclarecedor de la segunda parte de la novela *Tristana*, a nuestro parecer un trasunto de algunas de las cartas de la Pardo Bazán a Galdós y de las conversaciones que ambos sostenían acerca del tema de la emancipación de la mujer. Después de leer estas cartas, *Tristana* queda más clara, y si la Pardo Bazán llamó «ciempiés» a *Insolación* y *La incógnita*, con el mismo derecho también podría llamar «ciempiés» a *Tristana* escrita en 1892, un año después de que la Pardo Bazán escribiese *Memorias de un solterón* (1891), novelas que se complementan o se contrastan en réplica, y por eso a la Pardo Bazán esta novela galdosiana no le parecía simpática, ya que en esta novela más que en ninguna Galdós se muestra muy maquiavélico.

Todas estas cartas asombrosamente sinceras y que aquí no podemos comentar, van perfilando la personalidad de esta mujer tan interesante como novelista y como caso humano, y al mismo tiempo nos dibujan

la extraña personalidad de Galdós, hombre bueno, sufrido, apasionado, y resignado, enfermo, y más de una vez desconcertante en su maquiavelismo.

La unión de los dos es una de las historias más interesantes de la biografía literaria española, y explica el respeto mutuo que siempre se tuvieron al expresar sus opiniones críticas. Jamás Galdós censuró por escrito en reseña o comentario a doña Emilia, sólo tuvo para ella elogios, y cuando Pereda, Palacio Valdés y tantos otros la hacían blanco de sus sátiras, Galdós permanecía callado, que era una forma de no asentir. Jamás doña Emilia censuró a Galdós, sólo tuvo elogios para él, aunque ligeramente criticase *Tristana*. La influencia que ejercieron el uno sobre el otro a medida que se vayan descubriendo y analizando las cartas, se verá más clara, pues ambos tenían la costumbre de relatarse el argumento de sus novelas y comentarlas.

En una de las cartas escribe la Pardo Bazán: «Por el camino he pensado una novela, pero no se titula *El hombre*; se tiene que titular (a ver si te gusta) *Titi Carmen*. Es la historia de una señora virtuosa e intachable; hay que variar la nota, no se canse el público de tanta cascabelera. Seguramente [«Una cristiana»].

»*El hombre* de todos modos es muy buen título. He pensado hacer una novela sobre *El verdugo*, el verdugo actual. ¿Qué opinas?»

Y en otra ocasión, cuando teme que él se enfade, le dice: «¿Y a quién vas a contar sino a mí los argumentos de tus novelas?»

La amistad literaria, unida a la amistad amorosa, es uno de los grandes atractivos de esta unión. Así lo dice la Pardo Bazán en respuesta a una carta de Galdós, proponiéndole un viaje: «Tu habrás soñado mucho con el esquinazo europeo: más que yo, es imposible. Antes de que me *conocieses*, cuando no nos unía sino ensoñadora amistad, ya me figuraba yo (con pureza absoluta, que ahí está lo más sabroso de la figuración) las delicias de un paseíto *ensemble* por Alemania. Los que habíamos dado al través de Madrid me tenían engolosinada, y pensaba yo para mí: «Qué bonito será emigrar con este individuo. Me tratará como a una hermana, o mejor dicho, como a un amigo de confianza entera. Le oiré hablar a todas horas. Aprenderé de él cosas de novela, de estética y de arte. Veremos todo con doble interés y con doble fruto. Parece delicado de salud: le cuidaré yo que soy robusta; me lo agradecerá: me cobrará mucho afecto, y ya siempre seremos amigos. Nos creerán marido y mujer, y como no seremos nada, nos reiremos... En fin, así, un puñado de tonterías. En otras cosas no pensaba, palabra de honor. Tu aparente frialdad, el respeto que te tenía, tu aspecto formal y reservado, me quitaron esa idea enteramente. Creía posible ir contigo a Moscou sin detrimento de tu virginidad.»

Si las cartas de la Pardo Bazán son interesantes, hay que suponer qué interés tendrían las de Galdós, algunas de las cuales le fueron devueltas, según se desprende de esta carta apasionada de doña Emilia: «Yo haría por ti no sé qué barbaridad. Ahora conozco que no había frialdad en ti durante aquella época en que se me figuró verte un poco desaborio; pero también yo he de reconocer la verdad de los hechos: cuando adquirí el convencimiento de que te inspiró verdadera pasión, con todos los caracteres de tal, ha sido de dos meses acá; mejor dicho, desde que me escribiste aquellas epístolas que te restituí. Entonces pude cerciorarme de que ese amor moderno, nervioso y hasta con sus ribetes idealistas (que es el misticismo que hoy puede gustarse) lo tenías tú por esta princesa galaica. Ya ves que analizo y que te estudio como estudiaría un caso novelesco. Aquellas cartas, el encuentro a dos pasos del *candelero*, junto a aquellos bancos en que yo creía buenamente que nos sentaríamos; tu actitud en el coche, en fin todas las circunstancias del paseíto me demostraron que era para mí, que me pertenecía esa alma tan de primo cartello. En quererme antes no hacías nada de extraordinario; pero en quererme así, después...»

«Mira de qué alhaja te has ido a enamorar. Mientras te recostabas confiadamente en la almohada de mi hombro, la almohada se convertía en un saco lleno de serpientes... Esta imagen es bastante cursi; bueno. En cambio, tiene algo de exacto y pictórico. Anda, miquito, retuérceme el pescuezo, y me quedaré tan descansada. Te debo una reparación.

»Para tenerlo todo en cuenta, hay que decir que tú sabías que yo, a pesar de mis maldades, te quería, te quería, te quería. Este cabito suelto fue acaso el que tiró de tu corazón hacia el mío.

»Algunas veces se me ha ocurrido que es verdad lo que me aseguras: que nadie en el mundo me ha querido como tú. Esta idea, si tomase cuerpo, influiría mucho en nuestro destino. Sólo que no puedo admitirla enteramente. Yo valgo muy poco estéticamente considerada, pero he mareado siempre a los que se me acercaron.»

No tenemos tiempo para más. Cuando se publique esta correspondencia, en algunos momentos tan divertida como las cartas de Valera a Estébanez Calderón, se podrán hacer muchas consideraciones psicológicas, sociológicas y de crítica literaria. Y sobre todo, se podrá conocer mejor al hombre Galdós y a aquella mujer de tan «desatadas pasiones» que fue la Pardo Bazán, como ella misma se califica en una de sus cartas.

CARMEN BRAVO-VILLASANTE.

Madrid